

## “UN DESIERTO DE SAL ANTE LOS OJOS”

### La desaparición del Mar de Aral – Uzbekistán

Un mar camino de la leyenda

Texto: Marisancho Menjón

Los niños de Muynak nunca han visto el mar. Oyen contar a sus abuelos, viejos marinos, historias de su juventud, cuando la vida de esta ciudad uzbeka se desarrollaba en torno al Mar de Aral, y les parece estar escuchando leyendas de un tiempo que nunca fue.

Y, sin embargo, son historias que retratan una realidad no tan lejana. Sólo unas décadas separan la imagen de la próspera ciudad de Muynak, con un dinámico puerto y cientos de familias que vivían de la pesca, el transporte y la industria de conservas de pescado, de la desolada Muynak de hoy, rodeada de un desierto de sal y cuyos habitantes, con graves problemas de salud, ven pocas expectativas de futuro.

El Mar de Aral, en el corazón de Asia Central, entre las antiguas repúblicas de Kazajstán y Uzbekistán, fue el cuarto lago más grande del mundo. Pero en los años 60 comenzó su declive imparable, a causa del desvío de los ríos Amu Darya y Sir Darya para regar grandes y lejanas extensiones de campos de algodón. Se construyeron 94 embalses y 24.000 km de canales para el riego de 7 millones de hectáreas, y el agua que abastecía al Mar de Aral dejó de llegar, para siempre, a su destino.

En 1963, el Mar de Aral tenía 66.100 km<sup>2</sup> de superficie, una profundidad media de 16 m y un volumen de sal de un 1%. En 1987, 27.000 km<sup>2</sup> del antiguo fondo marino se habían convertido en tierra seca, el mar había perdido el 60% de su volumen, su profundidad había descendido 14 m y su concentración de sal se había duplicado. En la década de los 90, el Aral recibía menos de un décimo de los caudales que lo alimentaban, y a menudo no recibía nada de agua. En la actualidad el antiguo gran lago se ha reducido en más de un 75% de su extensión y volumen y corre el riesgo de desaparecer por completo en pocas

décadas.

Con el mar, se perdió la pesca y se arruinó la que había sido una dinámica industria de conservas y salazón que daba trabajo a 60.000 personas: en 1959 se producían casi 50.000 toneladas de pescado; en 1994 las capturas anuales habían quedado reducidas a una décima parte; hoy son prácticamente inexistentes.

El viento esparce toneladas de sal y arena del antiguo fondo marino por toda la región, provo-cando violentas tormentas secas que dificultan la respiración durante días y hacen intransitables las calles. Con el viento se esparcen también los restos de fertilizantes y plaguicidas que se utilizan en proporciones extraordinarias para aumentar la productividad de las cosechas, y que contaminan el aire y las aguas inutilizando la tierra para la agricultura, destruyendo pastos y bosques y provocando serios problemas de salud en la población, especialmente en los niños.

Son cientos de miles las personas que padecen enfermedades respiratorias crónicas, hepatitis y cáncer de esófago. La tuberculosis ha alcanzado proporciones epidémicas (unos 400 casos por cada 100.000 habitantes) y la mortalidad infantil arroja, en algunas regiones de Karakalpakia, tasas cercanas al 100%.

La impactante imagen de los barcos oxidados en mitad del desierto, sobre la costra de sal que un día no lejano fue el lecho del mar, encierra un drama mucho más hondo que el que se aprecia al primer golpe de vista:□es la ruina de decenas de miles de personas, es el grave deterioro de la salud que les afecta día a día, muy especialmente a los niños;□y es la tristeza irremediable de saber que un territorio, antaño alegre y próspero como son los puertos de mar, está hoy perdido en la mayor desolación.

Han surgido varios proyectos para tratar de reparar esta catástrofe, incluido un costosísimo y problemático trasvase de aguas de los ríos siberianos; pero ninguno ha podido llevarse a cabo. El trágico destino del Mar de Aral parece, hoy por hoy, irreversible.

